

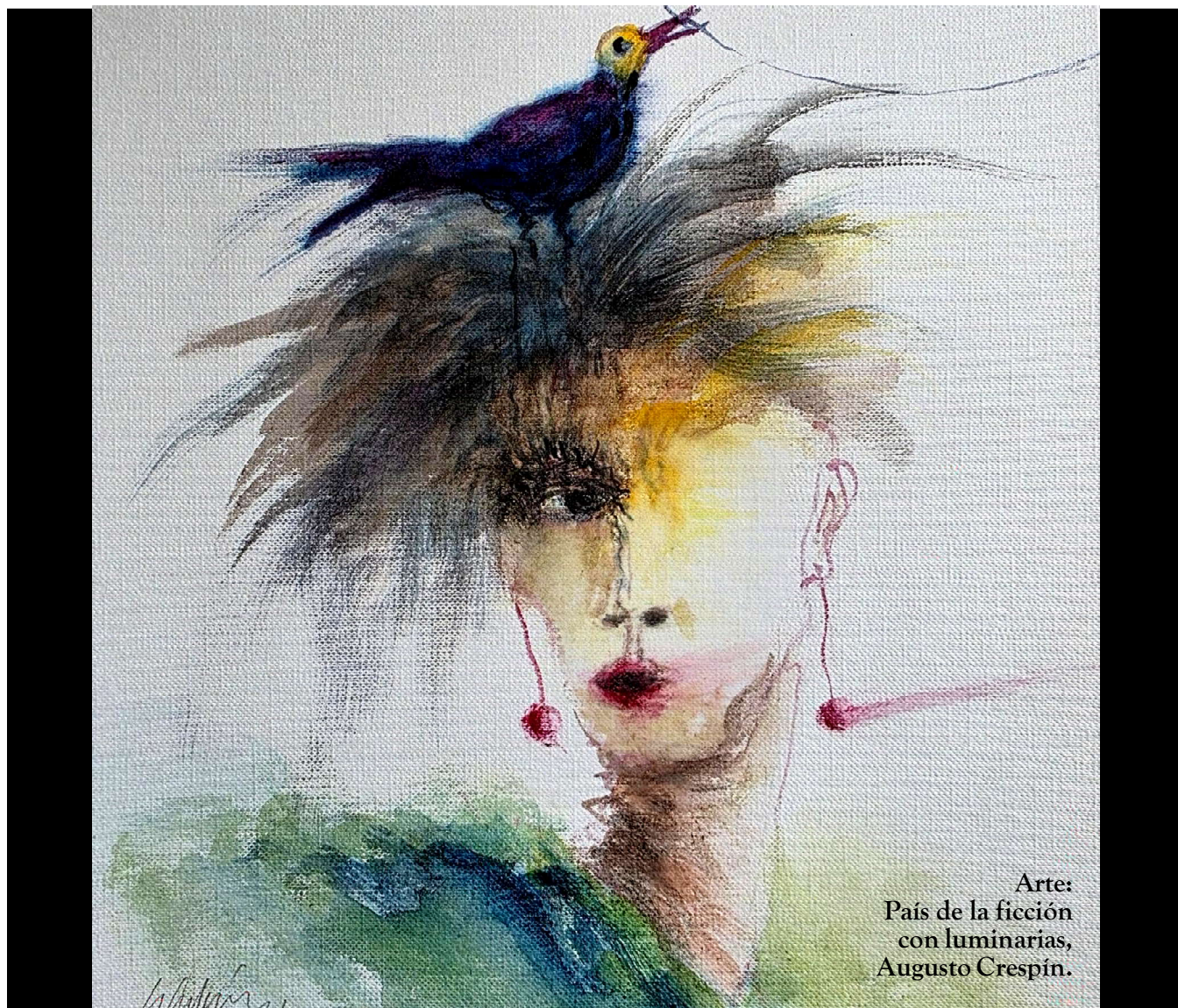
Número 1587 • Sábado 3 de octubre de 2026

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA DE ARTE Y CULTURA | FUNDADA EN 1990

Director: Otoniel Guevara | Subdirectora: Karen Ayala

El Manifiesto de David no necesita mausoleo



Arte:
País de la ficción
con luminarias,
Augusto Crespin.

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA
DE ARTE Y CULTURA
FUNDADA EN 1990

DIRECTOR
Otoniel Guevara

SUBDIRECTORA
Karen Ayala

CONSEJO EDITORIAL
Daisy Zamora
Óscar Flores López
Guillermo Acuña
Vladimir Baiza
Rudy Gomez

REFERENTES
Argentina **Marta Miranda**
Dominicana **Leonardo Nin**
Estados Unidos **Juana M. Ramos**
Francia **Carlos Ábrego**
Italia **Rocío Bolaños**
Panamá **Consuelo Tomás**
Paraguay **Norma Flores Allende**
Uruguay **Gustavo Wojciechowski**

COLABORADORES ESPECIALIZADOS
Francisco Alejandro Méndez †

Carlos Cañas Dinarte
Rafael Paz Narváez
Javier Fuentes Vargas
Gaetano Longo
Álvaro Mata Guillé
Matheus Kar
Alberto Pocasangre
Vladimir Amaya

COLABORADORES GRÁFICOS
Gonzalo Fraguí
Luis Galdámez
Ulises Palacios
Augusto Crespín
Isaías Mata
Eduardo Rodríguez

PALABRAS

¿Deberemos dar premios de resistencia por ser salvadoreños?

*En vuestra patria cometías culpas que se olvidaban por unas tantas monedas,
y a nosotros se nos exponía a la vergüenza pública.
En vuestra patria perpetrabais los más atroces delitos, a los que se les daba
el nombre de debilidades para dejarlos sin castigo, y nosotros sufríamos
la nota de infames hasta nuestra quinta generación.
En vuestra patria ejecutabais los crímenes que siempre se quedaban impunes,
porque vosotros mismos eráis los jueces,
y nosotros perdíamos la salud y la vida en los cadalsos.*
—Francisco Morazán. Manifiesto de David.

Circula en redes sociales un video del historiador salvadoreño Héctor Lindo donde cita algunas líneas del Manifiesto de David, valioso documento que sintetiza una buena parte del ideario de Francisco Morazán. En el video, Lindo revisa la detención ilegal y la retención inhumana, criminal y arbitraria de la defensora de derechos humanos, la abogada salvadoreña Ruth López, a quien se le arrestó sin un debido proceso hace más de 500 días y se le mantiene presa, incomunicada y sin atención médica al capricho del gobernante y sus sabuesos; suerte que comparte con otros miles de salvadoreños maliciosamente privados de su libertad y sus derechos.

Volviendo al video del notable historiador, en él, Morazán dibuja un claro panorama de abusos de poder y violaciones de toda laya que ocurrían hace 185 años en la región, y que con una fidelidad implacable los nuevos regímenes centroamericanos repiten siempre con manos enguantadas y no exentas de sangre inocente.

¿Cómo logramos repetir tan dramáticamente esta historia una y otra vez sin que obtengamos espacios para vivir como personas?

¿La reputación de pueblo laborioso y pujante se debe a siglos de humillaciones y explotación impune?

¿Es tan grande o perverso el sentido de gratitud que lamentamos tiznar con nuestra sangre el látigo que deja caer todo el peso de su injusticia sobre nuestra piel y la de todos nuestros descendientes?

¿Deberemos dar premios de resistencia por ser salvadoreños?

¿Es sensato hacer del país un inmenso mausoleo con las cenizas de todos los cristos insurrectos que han caído en nuestro suelo a lo larguísimo de nuestra historia sobre esta tierra?

¿Tendremos cenizas para que recuerden nuestro largo camino?

Nuestro correo:

administracion@revistaculturaltresmil.org

- 3 Impostura y presencia ● RAFAEL PAZ NARVÁEZ
4-5 de la inutilidad de la poesía ● FREDY ÑÁÑEZ
6 Doble filo ● MARIALUZ ALBUJA BAYAS
7 El símbolo en el cuento de la mosca ● GENOVEVA DEL ORBE
8 La mosca ● NANCY MEJÍAS
9-13 Manifiesto de David ● FRANCISCO MORAZÁN



—Inocencia, sintaxis y olvido—

Impostura y presencia

Escribe: Rafael Paz Narváez

Cumplió años en la celda. La ciudadanía que se niega a la reducción la recuerda, la reclama. Amnistía Internacional también la recuerda. Un año más con vida. Ruth López.

Hay más celdas: Enrique Anaya, Jeovany Maravilla, Eugenio Chicas, Pepe Melara, Luis Alberto Menjívar, y más. Entre celdas y expedientes, Fidel Zavala y la comunidad La Floresta. Nombres, vidas, justicia pendiente. Y más, más celdas, más inocentes dentro de la excepción, bastante más.

Técnica de encierro para vidas incómodas, para voces que se han negado a callar. Otra técnica: el mausoleo. La urna es demasiado pequeña para apresar la voz que quisieron fusilar.

Francisco Morazán ahora tiene cenizas y mausoleo regalados en el Centro Histórico. Llegaron en carruaje con antorchas. Han dispuesto guardia de honor, horarios de visita, recorridos de turismo y consumo entre plazas y selfies.

La historia de utilería también está invitada a la visita, con cicerone obediente que señala qué mirar e ignora las fechas que mejor se olvidan. Explica palacio, cena y otra fotografía. Las ciudades reordenadas necesitan contenido.

¿Y si las cenizas muertas, inciertas y tercas insisten y toman la palabra?

Un inconveniente: dejar herencia de palabras.

En David de Nueva Granada, ahora Panamá, Morazán escribió para una Centroamérica capaz de juzgar gobernantes. El *Manifiesto de David*. La Federación ya en piezas. El autor no admitió vencedores. No se quedó en ese destierro.

Entre el *Manifiesto* y el instante del pelotón hubo viaje, desembarco, voluntad persistente de Centroamérica, insurrección. Otro 15 de septiembre en 1842. Otro fusilamiento. El manifiesto no necesitaba mausoleo. Quedaron cenizas sin santidad, con necesidad de historia.

Hace poco llegó la utilería: carruaje, antorchas, uniformes de capa y ribete. El pasado en pose. Cada cosa en su sitio. Se ofrece recorrido y horario. Se cree que el muerto ha dejado de preguntar.

El patrimonio hace negocio. Una estatua adorna el paseo. Una plaza predispone a tardes de café gourmet. Una ceremonia imagina a conveniencia el pasado. La ciudad ofrece historia con instrucciones.

Las cenizas fusiladas desconocen ese guion.

Quedó un manifiesto. Quedó una incómoda idea: juzgar gobernantes. Quedan vidas con nombre en la injusticia: Ruth, Eugenio, Fidel. Quedan más. Quedan celdas que deben abrirse. Queda insistir.

El cicerone repite palacio, estatua, espada. La urna se queda.

Otra vez acusaciones por encargo, nuevos reos. Más celda. Mausoleo que aloja una urna para turismo.

Afuera, el manifiesto vuelve.



De la inutilidad de la poesía

Escribe: Fredy Nández

1

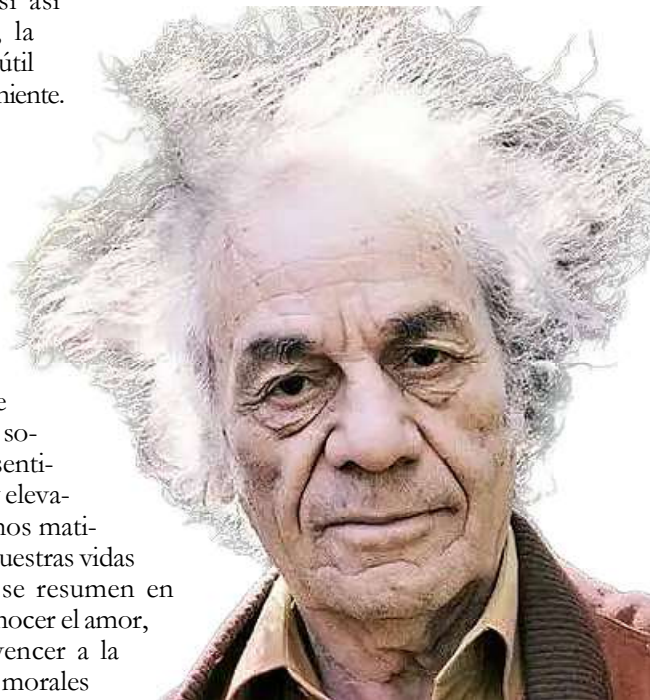
Buena parte de la semana me dediqué, sin éxito, a buscar el tema para la columna dominical. Entre más vueltas le daba al asunto más parecían alejarse las buenas ideas. Sólo tenía claro una cosa: la forma de aquel esquivo contenido debía ser la de un poema. Y lo escribí con relativa solvencia y tantas veces como me lo permitió la suerte de hallar las imágenes, y según lo demandaba el oído, que con los años se hace más exigente. ¿Estamos diciendo acaso que se puede escribir un poema sobre ningún asunto en particular? ¿La poesía es el arte del no decir? La teoría y la práctica han demostrado que un poema crea su tema conforme se va creando a sí mismo y así se presenta ante el lenguaje: como una armonía entre fondo y forma. Tal es la extraña naturaleza de esta expresión de los afectos en la que valen tanto las palabras como el silencio. En cualquier caso la poesía, en esto parece tener razón Unamuno, “no tiene preceptos”. Lo cual no quiere decir que el poema sea ajeno a lo real, y en esta categoría de lo real incluimos por supuesto al pensamiento como su legítimo custodio. Mucho menos que sea un accesorio. Todo lo contrario: la poesía nace como necesidad y así se impone. En esto es obstinadamente humana pues su realización es existencial porque está anclada al sentimiento de la vida. Y la razón por la cual no estamos leyendo el poema que alcanzamos a insinuar, con sus atributos místicos, tiene relación con un prejuicio más bien moderno que despoja al poema de su legitimidad pública por considerarlo oscuro, carente de información, problemático, en exceso subjetivo y rotundamente incomprensible. En una palabra: inútil. De este estigma de inutilidad somos tan responsables los poetas como quienes adversan —vaya a usted a saber el porqué— la existencia práctica de la poesía. Baudelaire, Wilde, Nicanor Parra, Celaya, Paz, Borges —unos con su crítica al instrumentalismo, y otros al mercado y su materialismo reduccionista— de-

ron algunos cabos sueltos en esta cuestión. No me propongo corregir a los maestros, pero me veo en la necesidad de aclarar que no me cuento entre quienes devalúan hoy la función y la pertinencia del poeta y del poema. Ni tampoco entre quienes le dan el estatuto de lo puramente ornamental. Sin embargo, al menos por esta vez, me venció el pudor. Por todo lo expuesto el lector de prensa no está habituado a encontrarse a solas, de buenas a primeras, con semejante artefacto semántico que además de presentarse inacabado le traslada al receptor la responsabilidad de culminarlo y dotarlo de un sentido propio. Sea por pudor o falta de coraje decidí que lo mejor era reservarlo. Y no porque crea que el lector sea indigno de la sensibilidad y el rigor demandados: detenerse entre tanto ruido a escuchar sólo al poema, a trabajarlo en su interior. Creo que todos estamos hechos de ese material subliminal y en ese sentido corremos por igual el riesgo de devenir poetas. Pero no es menos cierto que hemos forjado un régimen de lectura con sesgos y condicionamientos favorables al mensaje directo y llano, efímero y desechable. Para satisfacer tales expectativas, si así podemos llamarlas, la poesía es en efecto inútil y añadiremos, inconveniente.

2

Irónicamente nada es más cercano al sentido común y al gusto general que aquello que la poesía sí puede ofrecer. A fin de cuentas ella se escribe sobre la falsilla de los sentimientos —vulgares y elevados— que, por muchos matices que le demos en nuestras vidas privadas, a la larga se resumen en universales como: conocer el amor, superar el dolor y vencer a la muerte. Tres hechos morales

y estéticos con los que tenemos que vernos las caras diariamente y disputarnos a toda hora un lugar. Ese lugar probablemente sólo podemos hallarlo en el campo de la memoria inquieta, en la razón sensible: aquellas que mantienen los afectos y las posibilidades de ser eternos, a salvo del tiempo y del olvido. Quien ha leído un poema alguna vez lo ha leído para siempre. Pero, ¿qué es la poesía y por qué decimos que hace parte de nuestra existencia? Por contingente y errática que sea nuestra respuesta no podemos decir otra cosa que esto: la poesía es la explicación de lo que no se comprende. ¿Comprendemos la vida? ¿Podemos definir su origen? No, y sin embargo vivimos y tenemos la responsabilidad y el placer de dotarla de un sentido. La historia, la ciencia, la filosofía y la religión, y en un menor grado la política, han zurcido los agujeros de sus rigurosos discursos con analogías míticas e imágenes puramente bellas. Vivimos, de hecho, en el reino de la metáfora y únicamente por esta cualidad sobrellevamos el sino de una curiosa supervivencia: nacemos sin recuerdos, vivimos ignorando todo salvo una co-



Nicanor Parra

sa: moriremos. Esta finitud nos niega por cierto la certeza de un cuándo, pero tal vez sea la causante de nuestra necesidad de interrogarnos, de pensarnos, de sospechar de la propia iniquidad de la muerte. Nace el pensamiento pero nace como poesía, es decir, en su capacidad de afirmación y de deleite: la más poderosa fuerza que tenemos.

3

El filósofo alemán Hans Blumenberg en su libro *Salidas de Caverna*, ofrece un panorama crítico en torno a la famosa alegoría de Platón expresada en el libro VII de *República* (aquella inviable ciudad de la que se desterró toda imitación poética). En este extenso ensayo, HB pondera, entre otras cosas, la función que cumplió la poesía, así como el relevante papel que pudo haber tenido el poeta (acá decimos por igual el artista o el narrador) en el desarrollo de las sociedades paleolíticas. El mito, el cuento, las representaciones y el canto, junto a la magia y los rituales derivados, eran bienes tangibles que no sólo se equiparaban a los del orden material sino que pasaron a darles un valor supra utilitario a aquellos. ¿Cómo explica nuestro autor este fenómeno social tan sofisticado para la estereotipada vida cavernaria? La caverna era un refugio seguro, apto para el descanso y el repliegue pero no para conseguir alimentos. De tal suerte que el mundo transcurre adentro pero la única manera de sostenerlo es proveyendo de víveres a la comunidad con salidas periódicas. Blumenberg refiere a las pinturas para explicar cómo y porqué aquellos menos ágiles y fuertes, en definitiva ineptos para la caza, conservaron su derecho a la vida y se afirmaron con potestades dentro de la comunidad. “Se habrán encargado de ello las madres, que podían interponerse ante los más débiles porque tenían consigo y criaban también a los más fuertes”, y a partir de esta inferencia, desarrolla Blumenberg, el mecanismo de compensación con el que se supera la selección natural. “Ellos no aseguraron la vida pero aprendieron a

darle cuanto la hicieran digna de vivirse (...) la fantasía”. Los débiles, incapaces de dar bastimento, se las arreglaron para proveer de un alimento diferente y no menos importante: la ficción. Aprendieron a contar historias que no habían vivido, hazañas de cazadores, heroísmos que insuflaban de dignidad al riesgoso oficio de salir, y sentido a quienes permanecían dentro de la estrecha oscuridad. ¿Podemos acusarle de inútil a lo que hizo habitable la vida adentro y afuera de la caverna? Al mundo de adentro lo pobló de valores, satisfacciones, placeres, consuelos. Al de afuera, de nombres, perspectivas, significados. ¿No es esto el preámbulo de una escuela? Dichas figuraciones fueron parte de nuestra evolución y son indispensables para el progreso moral de la humanidad, al mismo nivel estatutario que el conocimiento y el trabajo. Y desde entonces, hagas lo que hagas, te vales de la poesía para conocer el más oculto de los conceptos: lo humano.

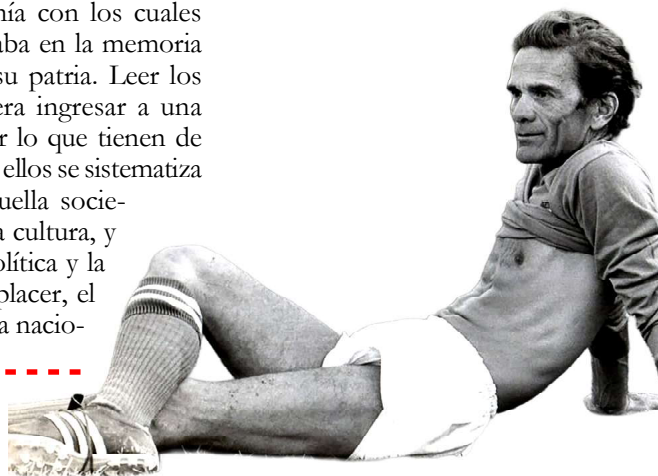
4

La poesía es posibilidad ante el imposible, insatisfacción ante lo realizado. Sin ella nos estaría negado el acceso que hoy tenemos a zonas de la realidad y de nosotros mismos que estuvieron ocultas y reacias a nuestro entendimiento. ¿Qué función cumplió en la antigüedad la poesía? Repasemos someramente la historia de Occidente y lo que en particular se ha dicho, en este sentido, acerca de la *Iliada* y la *Odissea*, para no hablar de las otras épicas pertenecientes al llamado Ciclo Troyano. Estos poemas cumplían, nada más y nada menos, que la función de un libro de textos, un manual de ciudadanía con los cuales todo joven se educaba en la memoria y el imaginario de su patria. Leer los cantos homéricos era ingresar a una lengua unificada por lo que tienen de estéticos y porque en ellos se sistematiza el paradigma de aquella sociedad. La poesía era la cultura, y la cultura regía la política y la guerra, el ocio y el placer, el sentimiento y el alma nacio-

nal de lo que hoy denominamos griego. Y al ser imperfecta, hemos dicho obsesivamente humana, en pleno ejercicio de su reinado fundacional suscitó la consciencia del más enconado de sus adversarios: la filosofía, quien terminaría desterrándola, en aras de buscar el conocimiento metódico sin los misterios ni las sinuosidades que en el inicio lo fueron todo. Sócrates fue el primer crítico literario y en la medida en que juzgaba los peligros del hechizo retórico terminó él mismo por hacer sus propios mitos, himnos y alegorías. A la postre, el logos salvó al mito por otras vías. Entonces algo hay de irreductible e indispensable en ella. Tal vez tenga mucho que ver con que el *Yō*, ese fantasma poético que se inventa Dante siete siglos antes de nosotros, para descender a los infiernos en busca del autoconocimiento; sea el antecedente del individuo moderno que siente la singularidad de su vida, cela sus intensidades, y la narra como se narra un hito de la historia universal. Y si lo pensamos con detenimiento, el perverso egoísmo de nuestro tiempo, padre de tanta necedad e infortunio, sería otro desde la conciencia poética. Entonces de inútil no tiene nada, tal vez nos estemos convirtiendo en mercaderes que sólo vemos utilidad en lo que se compra y se vende. Y quizá, gracias a encarar esta reducción tan grosera de nuestra percepción y entendimiento estemos encontrando un tema importante del cual escribir hoy.

Para mi maestro Gustavo Pereira.

—**Freddy Nãñez** (Petare, Miranda, Venezuela, 1976) Poeta, filósofo, periodista, profesor universitario y editor. Fue fundador y director de la revista *Sujeto almado*, y director del suplemento literario *Letras*. Fundador de la editorial Acirema.



Pier Paolo Pasolini

Doble filo

MARIALUZ ALBUJA BAYAS

DEFINICIÓN

Para ser pájaro hay que serlo.
Subestimar la contundencia de dos alas
es ignorar la gravedad (aunque incumplirla
no sea siempre transgredir).
Pero no basta con las alas o las plumas
o con las láminas de un pico
o con ser parte de un linaje del Jurásico
(ahí van los pollos por la vida, los pingüinos,
los ñandús...)
como tampoco es suficiente con volar
(ahí van los bichos migratorios o la ardilla siberiana
que apenas flota entre los pliegues de la piel).
Para ser pájaro hay que serlo
en la desnuda aparición que no sospecha de sí misma.
De nada sirve precisar con el lenguaje.
—Ahí van los pájaros.
—¿Lo son?

IMPOSIBILIDAD

Miro a mi gata transcurrir por mis tobillos
podría ser leona o cierva
pero (lo juro) he visto al sol crearle un rostro
aunque la luz se desintegre al encontrarla.
A veces creo que no es más que su vacío
en un perfil que, con empeño, obran mis ojos.



Marialuz Albuja Bayas

Quito, Ecuador. Ha publicado seis poemarios, entre ellos, *Detrás de la brisa* y *Doble filo*. Sus dos novelas ganaron el premio nacional Darío Guevara Mayorga al mejor libro publicado en su género. En 2017, la Academia Hispanoamericana de Buenas Letras, Madrid, le otorgó el premio Dámaso Alonso a la creación literaria. En poesía ha ganado el premio del Ministerio de Cultura del Ecuador por su poemario *La pendiente imposible*, y su más reciente libro de narrativa, *Mi pe(ot)versión*, fue ganador del fondo editorial de la Universidad de las Artes. Su obra ha sido parcialmente traducida a más de siete idiomas. Actualmente es profesora en la maestría de Escritura Creativa de la Universidad Internacional de la Rioja. Es traductora y editora. Ha colaborado en revistas literarias y al momento dirige varios talleres de creación.

PERCEPCIÓN

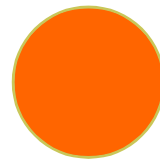
Si alguna vez fui hermosa, no lo sé.
Que los demás se lo creyeran es distinto.
Viví la desesperación desde temprano.
La belleza me parecía más absurda que la felicidad
aunque hubo veces en que pude dibujarla
allí, donde las palabras no habían despedazado
el territorio de la hermosura.
Me perdí en ella sin mirar lo que traía.
Rasgué mi cuerpo con los filos de su luz.

PROMESA

Un mirador que no fue mío
como tampoco fueron mías las raíces
tal vez las hojas arrancadas
o algún fruto.
Cuánto quisiera regresar
pero mi oficio es verlo todo desde lejos.
Prefiero ser un animal entre las ramas
antes que hundir mi última fábula en el suelo
como si hubiera un paraíso

CONSTATACIÓN DEL QUIJOTE

Nunca pensé que sería tan bello dejarme ir
tampoco imaginé que dolería tanto
pero la brisa persevera en los molinos
y la belleza rinde aún las voluntades a su paso.
Lo demás
—todo—
una ficción.



El símbolo en el cuento **La mosca** de Nancy Mejías

Escribe: **Genoveva del Orbe**

Entre tanta soledad dispersa en el aire de la gran urbe una mosca se convierte en vocera de que algo no anda bien. La mosca es el símbolo del cual se ha valido la escritora Nancy Mejías para adentrarnos a temas cruciales de la sociedad: envejecimiento, soledad, incomunicación. De forma envolvente a través de un narrador en primera persona la autora lleva al lector a un ambiente de ciudad, edificios, vecinos de saludos ocasionales, conocimiento superficial e inferencial de las personas. Gradualmente se construye la imagen mental del lugar, la gente e individualismo. Lo que se aprecia del otro es inferido. La vinculación y el calor humano es prácticamente inexistente. Tal como ocurre entre el narrador personaje del relato y su anciano vecino, Bob:

“Las veces que me encuentro con Bob apenas puede levantar su cabeza y enfocarme con sus ojos azules. Creo que el peso de los espejuelos se lo impide. Él se esfuerza por sonreír mientras pronuncio un ¡Good morning! estilo Miami: caribeño y soleado. Su piel se ha vuelto translúcida y sus huesos cada vez más finos”.

Del anterior ejemplo se deduce que el trato entre estas personas es superficial. No hay diálogo profundo. El pensamiento del narrador muestra que estudia al anciano. Habla del peso de sus lentes, de su piel translúcida. En fin, se infiere la salud del anciano se está deteriorando.

Por otra parte, aflora la situación de envejecer en la más grande de las soledades. Como es el caso de Bob. Su vecina sabe cuan dura es su vida:

“En dieciséis años no he visto a nadie más entrar ni salir de su casa. Mientras tanto, las paredes huecas que nos separan tienen que aguantar a mi familia, la visita de los primos, mis amigos y la música sabatina del ritual de limpieza. También los gritos de mi marido cuando toma, y el ladrido protector de mi perro”.

Ahora bien, por lo general asociamos a las moscas con las cosas sucias. Pero en este relato la mosca alcanza otra

dimensión. Proporciona señales de algo que todos conocen y al mismo tiempo puede ser premonitorio:

“Hoy apareció una mosca. Vuela en zigzag por la cocina. Rodea la basura, las frutas y la comida de mi perro. No sé de dónde vino. Aquí vivimos encerrados, con el ventilador constante a veinte grados centígrados... Hace un rato sentí el zumbido en la oreja. Creo que me quiere decir algo, como cuando mi perro mueve la cola y no deja de ladrar hasta que atiende los vómitos, la mierda o el pis que deja sobre el wee wee pad, o cuando escucha a mi vecino Bob salir o entrar de su departamento”.

La mosca es un símbolo. Pero no uno cualquiera, le ha dado a la trama profundidad al tema abordado. La autora se ha valido de una mosca, su naturaleza y vínculo con nuestros conocimientos culturales. Según Lotman el símbolo actúa siempre como un mensajero de otros vectores culturales correlacionándose activamente con el contexto.

A lo que Beuchot suma, el símbolo une y armoniza las orillas de la naturaleza humana: «De alguna manera el símbolo alude tanto a la parte afectiva como a la parte cognoscitiva del hombre. Las une, las junta, las conecta, como es su labor hacer: la de conectar, es un conector, un mediador».

Cabe destacar que la mosca en el cuento de Nancy Mejías juega un papel crucial. Ponerla en escena en una narración literaria aporta innumerables sentidos. Los símbolos son piezas claves en la vida del hombre. Reconocemos su valor simbólico, ya sea de modo inconsciente, verbal o no verbal. En pocas palabras, estos nos abundan la vida. Jung y Kerényi sostienen que el modo de ser humano es simbólico. señalan que, ante el lenguaje simbólico, simplemente hay que prestar atención y dejarlo hablar. Pero para que esto suceda, primero es necesario tener la habilidad para identificar y distinguir a los símbolos de entre otros elementos de significación.

El siguiente ejemplo constata lo antes mencionado. El zumbido (de la

mosca) alerta al narrador personaje (objeto conocido/ simboliza algo ha sucedido). Posteriormente, las moscas acompañan al cadáver (las moscas representan el desenlace, la muerte del anciano):

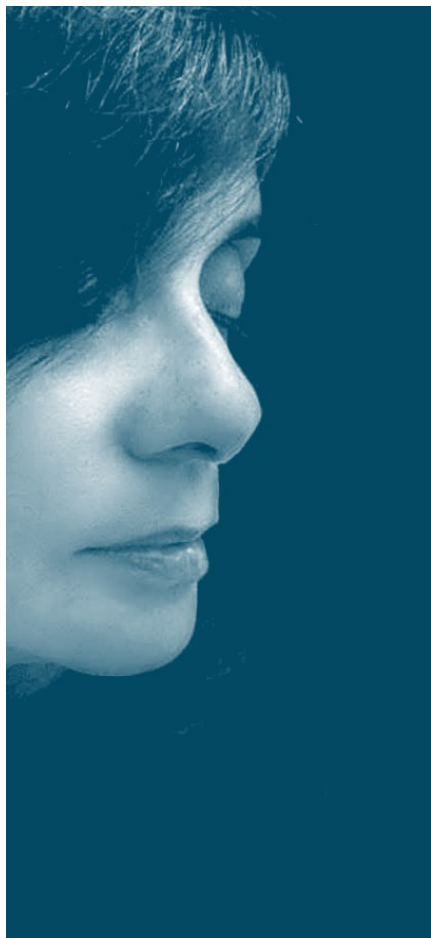
“El zumbido me vuelve a pasar por el lado. Limpio el envase de comida de mi perro, que empieza a ladrar. Cierro la bolsa de basura para tirarla afuera. Voy a abrir la puerta, pero escucho pasos. Me acerco a la mirilla y veo cómo un paramédico saca un cuerpo cubierto con una sábana negra. Las suelas gruesas de sus zapatos diciéndome adiós, y unas moscas acompañándolos por el pasillo”.

La ejemplificación anterior muestra que el símbolo (la mosca) es un condensador de sentidos. En su forma semántica- insecto volador-; en su modo no semántico, alcanza múltiples significaciones como el de epifanía. Se deduce que la mosca va más allá del concepto que se expresa de ella, produce una imagen que trasciende lo sensual o sensorial.

Nancy Mejías con su cuento *La mosca* nos lleva al disfrute de su buen manejo de la palabra y su capacidad de tomar temas cruciales. *La mosca* nos convoca a querer saber más de ella. Su zigzag, zumbidos e insistencia. En ella se agrupan variadas señales. Primero aparece ella sola en la narración, luego más moscas. Algo me dice no es al azar la aparición de la misma. Los animales hacen saber que estar unidos. Seguramente el mensaje: el ser humano debe vincularse a los otros. Esta es la solución a tanta soledad, individualismo y falta de comunicación. Por eso, el símbolo en la narrativa de Nancy Mejías se mueve en cada una de sus líneas desde la vida solitaria del anciano, la familia de inmigrantes del narrador, la nueva lengua, las cortas y efímeras conversaciones con el vecino, las diferencias de mundos y la mosca de un lado a otro cargando con la verdad que debía dar a conocer. Esa que todos conocemos y que magistralmente con acciones Mejías la da a conocer: algo pasa.

Mosca

NANCY MEJÍAS



Nancy Mejías

Moca, República Dominicana. Licenciada en Psicología, escritora y fotógrafa. Escribe ficción en inglés y en español. Fue semifinalista del concurso *Cuentomanía* con los cuentos *D.E.P* (2019) y *Luzmary unisex* (2020). Textos de su autoría como *Caida libre*, *Náufragos*, *La mosca*, *Penumbra*, *Face to face* y *23 Relaciones imperfectas*, entre otros, forman parte de antologías como *Inficciones* (2020) y *Vacaciones sin hotel* (2021), de Ediciones Aguamiel; *Con la urgencia del instante* (2023), de Ars Communis; *#NiLocasNiSolas* (2023), de El Beisman Press; *Una visa por tus sueños* (2023), de DWA Press y *Sin distancias* (2024).

La mosca se adapta a los entornos más duros, quiere llamar tu atención sobre lo importante que resulta convertir lo que parece un desperdicio en algo valioso.

Hoy apareció una mosca. Vuela en zigzag por la cocina. Rodea la basura, las frutas y la comida de mi perro. No sé de dónde vino. Acá vivimos encerrados, con el ventilador constante a veinte grados centígrados. Una malla cubre el balcón. Afuera quedan lagartos, mosquitos, arañas y hasta hoy, las moscas.

Hace un rato sentí el zumbido en la oreja. Creo que me quiere decir algo, como cuando mi perro mueve la cola y no deja de ladrar hasta que atienda los vómitos, la mierda o el pis que deja sobre el wee wee pad, o cuando escucha a mi vecino Bob salir o entrar de su departamento.

Veo por la rejilla su cuerpo encorvado, sus zapatos negros ortopédicos mientras arrastra una canastilla de ruedas grandes. El olor a alfombra vieja y húmeda lo acompaña y se esparce por el pasillo.

Las veces que me encuentro con Bob apenas puede levantar su cabeza y enfocar me con sus ojos azules. Creo que el peso de los espejuelos se lo impide. Él se esfuerza por sonreír mientras pronuncio un ¡Good morning! estilo Miami: caribeño y soleado. Su piel se ha vuelto translúcida y sus huesos cada vez más finos.

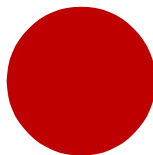
En dieciséis años no he visto a nadie más entrar ni salir de su casa.

Mientras tanto, las paredes huecas que nos separan tienen que aguantar a mi familia, la visita de los primos, mis amigos y la música sabatina del ritual de limpieza. También los gritos de mi marido cuando toma, y el ladrido protector de mi perro.

No nos hemos preocupado por conocernos, pero sabemos mucho el uno del otro. En diciembre decora su ventana con un candelabro de nueve velas. Yo fijo una corona de flores de pascua en la puerta. De lunes a viernes, come en el club. Siempre llega con una bolsa de papel engrasada. De mi casa sale a diario el olor a sofrito, café y caldo.

A veces me encuentro con un panfleto en la perilla de la puerta: «Alcohólicos Anónimos». Recorro el pasillo y me sorprende que las demás perillas están vacías. Hasta hace una semana, cuando ocurrió de nuevo, pasé por el departamento de Bob y vi sus dedos cerrar las cortinas de la ventana.

El zumbido me vuelve a pasar por el lado. Limpio el envase de comida de mi perro, que empieza a ladrar. Cierro la bolsa de basura para tirarla afuera. Voy a abrir la puerta, pero escucho pasos. Me acerco a la mirilla y veo cómo un paramédico saca un cuerpo cubierto con una sábana negra. Las suelas gruesas de sus zapatos diciéndome adiós, y unas moscas acompañándolos por el pasillo.



Manifiesto de David

FRANCISCO MORAZÁN

Al pueblo de Centroamérica

Cuando los traidores a la patria ejercen los primeros destinos, el Gobierno es opresor.
—Montesquieu.

¡Hombres que habéis abusado de los derechos más sagrados del pueblo por su sórdido y mezquino interés! Con vosotros hablo, enemigos de la independencia y de la libertad. Si vuestros hechos, para procuraros una patria, pueden sufrir un paralelo con los de aquellos centroamericanos que perseguís o habéis expatriado, yo a su nombre os provocho a presentarlos. Ese mismo pueblo que habéis humillado, insultado, envilecido y traicionado tantas veces, que os hace hoy los árbitros de sus destinos y nos proscribire por vuestros consejos, ese pueblo será nuestro juez.

Si la lucha que os propongo es desigual, todas las ventajas de ella están de vuestra parte.

Tenéis en vuestro apoyo:

Que os halláis colocados en el poder, y que nosotros nos encontramos en la desgracia.

Que podéis hacer uso de vuestra autoridad para procuraros acusadores, que nosotros no encontramos tal vez ni un testigo.

Que os habéis constituido en nuestros jueces, y declarado que somos vuestros reos.

Que nuestra voluntaria retirada de los negocios públicos, con un objeto más noble que el que ha podido haber en vuestros corazones, la habéis interpretado como fuga.

Que a nosotros, que no os atrevisteis nunca a vernos cara a cara, nos insultáis atrocemente en vuestra imprenta; y añadiendo el escarnio a la venganza, habéis tomado la mano misma que os ha envilecido para trazar los caracteres de un nombre funesto que no podemos pronunciar sin oprobio, y nuestra expatriación se ha decretado^[1].

Y en fin, para complemento de vuestro triunfo, todas las apariencias acreditan que el pueblo que nos va a juzgar os pertenece. Pero no importa. Nosotros tenemos la justicia. Vamos a los hechos.

Cuando vosotros disfrutabais de una patria, no podíamos nosotros pronunciar este dulce nombre. Recordadlo.

Vosotros habéis gozado muchos años de los bienes de esa patria que buscáis en vano. ¿Encontraréis en la República de Centro-América algunas señales de ella? No. Aunque le dais hoy este nombre, más extranjeros sois por

vuestros propios hechos en el pueblo que os vio nacer, que nosotros en Méjico, en el Perú y en la Nueva Granada. Por la identidad de nuestros principios, con los que sirven de base a los gobiernos de estas Repúblicas, nosotros hemos hallado en ellas simpatías que vosotros no encontraréis en el propio suelo de vuestros padres (que ya no os pertenece) desde el momento mismo que se descubran vuestros engaños. Pero si aun queréis buscar vuestra patria, la hallaréis sin duda por las señales que voy a daros. Oíd y juzgad.

En vuestra patria cometíais culpas que se olvidaban por unas tantas monedas, y a nosotros se nos exponía a la vergüenza pública.

En vuestra patria perpetrabais los más atroces delitos, a los que se les daba el nombre de debilidades para dejarlos sin castigo, y nosotros sufríamos la nota de infames hasta nuestra quinta generación.

En vuestra patria ejecutabais los crímenes que siempre se quedaban impunes, porque vosotros mismos erais los jueces, y nosotros perdíamos la salud y la vida en los cadalsos.

En vuestra patria ostentabais los honrosos títulos de tiranos, y nosotros representábamos el humillante papel de esclavos.

En vuestra patria tenías la gloria de apedillaros los opresores del pueblo, y gemíamos nosotros bajo la opresión.

Y cuando en vuestra patria, ensanchando la escala de los opresores, defendíais hasta los infames oficios de carceleros y de verdugos, a nosotros se nos exigían los reos y las víctimas.

Y para que nada faltase a vuestra dicha y a nuestra desgracia, así en la tierra como en el cielo, ¡Hasta los santos sacabais de vuestras propias familias!, y los malvados, a vuestro juicio, sólo se encontraban en las nuestras.

Vosotros oíais, continuamente en sus revelaciones, la felicidad que os aguardaba, en tanto que a nosotros sólo se nos anunciaban desgracias.

Vosotros dirigíais con confianza vuestras súplicas al pie de los altares, porque hacíais propicios a sus sacerdotes con las riquezas que exigíais al pueblo, en tanto que éste temía elevar sus plegarias, por no poder acompañarlas con ofrendas....

Y por último, para llenar la medida de vuestro poder y



nuestro infortunio, aun más allá de la tumba, en tanto que las almas de nuestros padres vagaban sin consuelo en derredor nuestro, para demandarnos los medios de lograr su eterno descanso, vosotros comprabais el Cielo que no habíais merecido, con los tesoros que os proporcionaban las leyes de un infame monopolio.

He aquí vuestra patria. Recordadla. Pero si aun insistiereis en disputarnos la que por tantos títulos nos pertenece, exhibid vuestras pruebas, que nosotros daremos las nuestras; y si resultase un solo hecho en vuestro favor contra mil que presentemos nosotros, consentiremos, gustosamente en ser a los ojos del mundo lo que hoy somos a los vuestros.

No es vuestra patria. Porque en 1812, que por la primera vez se ventilaron los derechos de americanos, vosotros hacíais de injustos jueces, de viles denunciantes y de falsos testigos contra los amigos de la independencia del Gobierno absoluto.

Es nuestra patria. Porque en la misma época nosotros nos la procurábamos difundiendo ideas de libertad y de independencia en el pueblo, sin que vuestras amenazas nos arredrasen ni nos intimidase la muerte, ya sea que se nos presentase en la copa de Sócrates, que la encontrásemos al cabo del dogal que quitó la vida al Empecinado o que se pronunciase en vuestros inicuos tribunales.

No es vuestra patria. Porque cuando triunfaron las ideas de libertad en la metrópoli, cuando los patriotas españoles quitaron algunos eslabones a la pesada cadena de nuestra esclavitud, revelándonos de este modo lo que éramos y lo que podíamos ser, vosotros conspirasteis contra el Gobierno Constitucional que se estableciera en toda la monarquía como enemigos de las luces, cooperasteis con aquellos que pretendieron, entonces, independizarse del Gobierno de las cortes y trasladar a la América el Gobierno absoluto de los Borbones.

Es nuestra patria: Porque en el mismo tiempo hacíamos resonar el grito de independencia en todo el Reino de Guatemala. Todo aquel que tenía un corazón americano se sintió, entonces, electrizado con el sagrado fuego de la libertad. Por una disposición de la Providencia, los amigos del Gobierno absoluto de los Borbones.

Es nuestra patria: Porque en el mismo tiempo hacíamos resonar el grito de independencia en todo el Reino de Guatemala. Todo aquel que tenía un corazón americano se sintió, entonces, electrizado con el sagrado fuego de la libertad. Por una disposición de la Providencia, los amigos del Gobierno absoluto de los Borbones, enemigos de la independencia de España constitucional, se unieron con los independientes de ambos Gobiernos, y proclamaron la separación de la antigua metrópoli el 15 de septiembre de 1821. Y de este modo, vuestros nombres figurarán en la historia al lado de los Reyes Luis IX, Luis XI y otros muchos que trabajaron sin pensarlo, a favor de la democracia, sistema que hoy gobierna en la República de Centro América.

No es vuestra patria: Porque en 1821, acreditasteis con un hecho, que es a los ojos del mundo un grave crimen, vuestro tardío arrepentimiento por haber cometido otro

crimen que no es menos grave a los vuestros.

Los remordimientos de vuestra conciencia por haber cooperado a la independencia de un pueblo indócil, que convirtió en su provecho lo que era destinado al vuestro, quisisteis aquietarlos sacrificando a un gran conspirador los derechos de este mismo pueblo: y en lugar de un viejo monarca, nos distéis un nuevo usurpador: en lugar de la tiranía de los Borbones, nos disteis el escándalo de un emperador de farsa, más opresor porque está más inepto, y su opresión mil veces más sensible, porque lo ejercía sin títulos, sin tino, con sus iguales y por la vez primera.

Es nuestra patria: Porque cuando vosotros, al lado del General mejicano don Vicente Filísola, hicisteis los mayores esfuerzos por conservar la dominación del Emperador Iturbide en los pueblos que había subyugado por la intriga, aunque sin éxito, nosotros procuramos evitarla. Cuando muchos de vosotros, a la retaguardia de aquel General, eráis testigos de los últimos esfuerzos del heroico pueblo salvadoreño, que mal defendido y cobardemente abandonado por su jefe en el momento mismo del peligro^[2] sucumbió noblemente, y con más gloria que la que pudo caber a sus vencedores; nosotros por este mismo tiempo, en el propio teatro de la guerra, en Guatemala, Honduras y Nicaragua, corríamos la suerte de los vencidos, por la identidad de nuestras opiniones.

El pueblo salvadoreño, sin armas y abandonado a su propia suerte, hizo impotente la negra intriga que se formara en su seno con innobles miras.^[3] Defendió por largo tiempo la más hermosa de todas las causas, adquiriendo por digna recompensa de sus grandes hechos, la inmarcesible de dar al mundo el grandioso espectáculo de un pueblo libre que se regenera, obteniendo, en sus propias derrotas, la reivindicación de los mismos derechos que se la ocasionaron; en tanto que sus injustos agresores pierden todas las ventajas que les diera su malhadado triunfo.

Por un distinguido favor de la Providencia, los últimos cañonazos que quitaron la vida a los mejores hijos de El Salvador y completaron en el Reino de Guatemala la dominación de Iturbide, eran contestados por los que se disparaban en México, para celebrar la completa destrucción de un Imperio que sólo apareció al mundo para oprobio de sus autores. Y por justo resultado de estos hechos, del Reino de Guatemala, libre del dominio del Emperador Iturbide, en donde habíais creado vuestra nueva patria, se formó la nuestra, bajo un sistema democrático, con el nombre de República Federal de Centro América.

Si ya que no podéis negar estos hechos, que todo el pueblo ha presenciado, pretendiereis, en vuestro despecho, arrojar de nuevo vuestra acusación favorita, a saber: Que muchos de nosotros nos hemos enriquecido defendiendo la independencia y la libertad, -no pretendo dejaros ni este miserable recurso.

Tal como es para mí de falsa e insultante la proposición, yo la levanto del suelo, en donde la ha colocado el desprecio público, con la fundada esperanza de tirárosela a la cara con doble fuerza. Si se puede llamar riqueza la que obtuvieron algunos de vuestros jefes

militares en el sitio de Mejicanos, por medio de un mezquino monopolio —estamos todos de acuerdo. Pero si los bienes de los regulares componen la única riqueza que se ha podido encontrar en Centro América, levante la mano el más atrevido de vosotros, y clave en nuestra frente la nota de infame a los que la hubiéramos merecido por este hecho u otro semejante.

Volvamos al asunto. Después de la caída de Iturbide ¿cuál ha sido la conducta que habéis observado? Yo os la recordaré.

Vuestra debilidad os hizo firmar la Constitución Federal de 1824, y combatirla vuestra perfidia en 1826, 27 y 28.

Con este interés disteis vuestros sufragios de Presidente al señor Arce; y este mismo interés os hizo despojarlos, cuando ya había llenado, en parte, vuestras miras, porque le fuera adversa la suerte en el momento mismo de exterminar a vuestros enemigos.

Vuestra razón de Estado llevó por segunda vez la guerra a muerte a los pueblos de El Salvador, que perpetuaron vuestros jefes por interés.

Vuestra venganza iluminó por mucho tiempo las oscuras noches de estío con el incendio de poblaciones indefensas, para que la rapaz y mezquina codicia de vuestros militares, que se ejercitaba a media noche, encontrarse alumbrado el camino por donde se condujeran a vuestro campo los miserables despojos que habían librado de las llamas...

Esta devastación, esta mina, que sólo se habría terminado con la dominación a que aspirabais, y que se os escapara de las manos por la imbecilidad y cobardía de vuestros guerreros, desapareció con los triunfos de Gualcho, Mejicanos y Guatemala, y los liberales vencedores acreditaron con la completa reorganización de la República que eran dignos de regir los destinos de un pueblo libre.

Vuestra venganza, jamás satisfecha, y vuestros deseos de dominar, nunca extinguidos, trajeron otra vez la guerra a la República para dar un nuevo testimonio al mundo de vuestras miras, y a los centroamericanos una prueba de todo lo que debiera esperar y temer de sus enemigos.

El coronel Domínguez, que defendiera vuestra causa con tanto empeño en 1828, invadió los puertos del norte en 1831, se introdujo con fuerzas en el Estado de Honduras, para presenciar sus derrotas, y encontró por último la muerte en la ciudad de Comayagua.

El expresidente Arce, que apareció en el mismo tiempo por Escuintla de Soconusco con tropas mexicanas que habían destruido la Independencia nacional, fue completamente batido por el valiente General N. Raoul. No pudiendo aquel desgraciado Jefe imitar a Moreau, que murió combatiendo contra su país natal con un valor que atenuara su crimen; ni a Coriolano, que obligado a retirarse de las puertas de Roma por las súplicas de la que lo llevara en su vientre, acreditó que no le faltaban virtudes, siguió el ejemplo de tantos griegos que se unieron con los enemigos de su patria para combatirla, y sufrió, como ellos, el digno castigo en su propia derrota y en las dobles maldiciones de los mercenarios extranjeros

vencidos y de sus conciudadanos vencedores.

Esta injusta guerra se terminó con la ocupación del castillo de S. Fernando de Omoa, en donde el malvado Ramón Guzmán, que sirviera en vuestras filas como soldado en 1828, enarboló la bandera española. Después de una lucha obstinada de 5 meses, que diezmará nuestro ejército, y de la epidemia que lo quitara, fue abatida esa señal oprobiosa de nuestra antigua esclavitud por el valiente y sufrido Gral. Agustín Guzmán, que hizo rendir la fortaleza. Y para dar al mundo un testimonio de los extremos opuestos a que pueden conducir vuestras opiniones y las nuestras en el mismo campo en donde está colocada la cabeza de un traidor, hijo de la República, y de vuestro partido, que elevara sobre las murallas del castillo el símbolo de nuestra opresión, existen los sepulcros de mil centroamericanos, del nuestro que lo despedazaran.

No pretendo asegurar que todos vosotros hayáis aplaudido aquel crimen; si puede adivinarse que hubiesen algunos de vosotros que lo vieran con indignación, permítaseme preguntar a los demás: ¿tiene alguna analogía con la rendición de la plaza de San Salvador en 1823? ¿Si Fernando VII y la bandera española tienen algo de común con la del Imperio mexicano y Agustín I? ¿Si las garras de la joven Aguila que se ven pintadas en ésta, oprimen o hieren con más fuerza que las del viejo León hispano que se mira en las armas de aquellas que dominaran la América por tres siglos?

Esta guerra, tan fecunda en hechos que ilustraron las armas del Gobierno Nacional, que no fue menos abundante en sucesos que justificaron más y más la causa de los liberales vencedores, arrojó sin embargo elementos funestos de discordia. A éstos se unió el descontento, que naturalmente debió producir una Administración de diez años, continuamente contrariada por los hábitos que dejara el Gobierno absoluto, cuyos resortes tocasteis con oportunidad para preparar la revolución de 1840.

Vosotros, apoyados en el fanatismo religioso, destruisteis en el Estado de Guatemala las obras que los demócratas consagraron a la libertad, en tanto que los bárbaros las hollaron con su inmundicia planta.

La profesión de los derechos del pueblo —la ley de la libertad de imprenta— la que suprimió las comunidades religiosas— la que creara la Academia de Ciencias, en que se enseñaban los principales ramos del saber humano, repuesta por vosotros con la antigua Universidad de San Carlos —la del hábeas corpus— los códigos de pruebas, de procedimientos y de juicios, obra del inmortal Livingston, adoptadas con el mejor éxito, y tantas otras, fueron al momento derogadas por vosotros y el vacío que dejaron estos monumentos del patriotismo lo llenasteis con nombres odiosos, que recordarán al pueblo su antigua esclavitud y sus tiranos.

En los Estados de Nicaragua y Honduras, los justos deseos de reformas, no satisfechos con las que hiciera el Congreso en 1831 y 1835, fueron de nuevo excitados por dos folletos que escribió el ex-Marqués de Aycinena. En ellos pretendía éste probar que no estábamos bien

constituidos, porque los Estados, como en Norte América, no fueron antes que la Nación, y porque la Constitución Federal es más central que la de aquella República.

Proposiciones en su origen insidiosas, risibles en su aplicación y que han merecido el desprecio de los hombres sensatos.

Pretender que las Constituciones de nuestros Estados debieran existir antes que la general, es pedir un imposible, porque los españoles, que nunca fueron ni tan ilustrados ni tan generosos como los

ingleses con sus colonos, no nos permitieron otra ley que la voluntad del soberano.

Asegurar que por esta falta no estamos bien constituidos y somos desgraciados, es ignorar las causas que han contribuido a la felicidad de aquel pueblo afortunado.

Afirmar que la Constitución Federal de Centro América es más central que la de los Estados Unidos del Norte, es un insulto que no podrá sufrir con paciencia el que haya hecho una comparación de las leyes.

En fin, atreverse a asegurar ante el público tantas falsedades juntas, es abusar demasiado de su sencillez y buena fe, y del silencio que han observado los centroamericanos ilustrados que conocen que ni los norteamericanos pudieron hacer su felicidad copiando las Constituciones democráticas que habían servido a otros pueblos, ni el de Centro América, en su actual estado, hará la suya adoptando la Ley Fundamental de aquella República si no puede trasplantar al mismo tiempo el espíritu que le da la vida.

Pero Aycinena sólo ha tenido por mira, al propagar estas doctrinas, producir una revolución, —¡Ojalá sea más afortunado en esta vez que lo fuera con su familia en la del Imperio mexicano, que defendieron con tanto ardor!

Si el Duque de Orleans encontró en la guillotina el castigo de haber anarquizado al pueblo francés, aparentando para subir al trono ideas liberales que no profesara, descendiendo de lo grande a lo pequeño, debe tener igual suerte, Aycinena, que usa de los mismos medios para recobrar sus honores.

Ni el oro del Guaya, ni las perlas del Golfo de Nicoya, volverán a adornar la corona del Marqués de Aycinena; ni el pueblo centroamericano verá más esta seña oprobiosa de su antigua esclavitud; pero si alguna vez brillase en su frente este símbolo de la aristocracia, será el blanco de los tiros del soldado republicano.

Y para que nada faltase de ignominia y funesto a la revolución que habéis últimamente promovido, apareció en la escena el salvaje Carrera, llevando en su pecho las insignias del fanatismo, en sus labios la destrucción de los principios liberales y en sus manos el puñal que asesinará a todos aquellos que no habían sido abortados, como él, de las cavernas de Mataquesuintla. [4] Este monstruo debió desaparecer con el cólera morbus asiático que lo produjo. Al lado de un fraile y de un clérigo se presentó por la primera vez revolucionando los pueblos contra el

Gobierno de Guatemala, como envenenador de los ríos que aquellos conjuraban, para evitar, decían, el contagio de la peste. Y contra este mismo Gobierno, fue el apoyo de los que en su exasperación le dieron parte en la ocupación de la ciudad de Guatemala, Fue su peor enemigo cuando estos quisieron poner término a sus demasías y vandalismo, y su más encarnizado perseguidor y asesino cuando el salvaje se uniera con vosotros.

Es necesario que no se ignore la conducta de este insigne malvado, que ha excedido con sus crímenes a

todos los tiranos sin conocerlos. Su vida forma una cadena no interrumpida de delitos, acompañada de circunstancias horribles.

El fusilamiento de varios jueces de circuito, en cuyo número se cuenta el ciudadano F. Zapata, que ejercía sus funciones en Jalpatagua, es de este número.

Como en todos los pueblos, lo primero que hizo Carrera fue incendiar en la plaza la ley que establecía el juicio por jurados, y los códigos que eran el espanto de los malvados, porque se habían sentenciado en pocos días, con arreglo a ellos reos de muchos años.

En seguida hizo colocar al juez Zapata en el lugar destinado al suplicio, a tiempo que pasaban de camino, para la ciudad de El Salvador, las señoritas Juana y Guadalupe Delgado. Juzgando sin duda, el malvado asesino, que todos tenían un corazón que se complaciera como el suyo con la muerte de la inocente víctima, las obligó a presenciar la ejecución, a pesar de sus súplicas y lágrimas para evitarla, y de sus esfuerzos para separarse de aquella escena de horror.

El rapto, entre tantos raptos, de una joven doncella que vivía con sus padres en la hacienda de la Laguna de Atescatempa, fue acompañado de circunstancias que no deben ignorarse.

Carrera, que había visitado a esta honrada familia, y de ella recibió diversas insinuaciones de cariño, quiso retribuirlos con un crimen, como acostumbra.

Para ocultar el malvado su perfidia la que era el objeto de sus torpes deseos, recurrió a otro crimen, que pudo producir peores consecuencias por el gran compromiso en que puso a su Gobierno.

Hizo disfrazar a un oficial para que, a la cabeza de algunos soldados que debieran suponerse salvadoreños, y por consiguiente enemigos, ocupasen en la noche la casa de la hacienda. A pretexto de los dueños de ella hicieron servicios a Carrera, tenían orden de reducirlos a prisión y conducir a la joven hacia el Estado de El Salvador. El bandido, con un considerable número de soldados, debía encontrarse con ellos en el camino, y éstos contestar al ¿quién vive? El Salvador libre. A esta palabra de guerra se convinieron hacerse, mutuamente, fuego las dos fuerzas. Sin usar de las balas, dispersarse los fingidos salvadoreños en seguida y dejar en sus manos la causa inocente de tanta maldad para exigirle su deshonor en premio de haberla salvado.

Todo se habría ejecutado a satisfacción de Carrera, si la Divina Providencia no hubiera destinado, en justo castigo, una bala que se introdujera en el pecho cuando se batían, en apariencia las dos partidas. Esta bala, en concepto de algunos, se puso por casualidad en el fusil; pero otros creen haber sido dirigida por la venganza del oficial que había sido, en otro tiempo, maltratado por Carrera; lo cierto es que se le condujo preso a Guatemala, con los soldados que le acompañaban para cumplir las órdenes de su General.

La gravedad de la herida, que lo obligara a sacramentarse, no le hizo olvidar el único trofeo de su infernal campaña, que condujo por la fuerza a su cuartel general de Jutiapa. La joven tuvo el profundo sentimiento de que su criminal raptor sanase de la herida, y su desgraciada familia sufrió su deshonra sin quejarse.

La noticia de este hecho obligó a separarse del Gobierno al Presidente del Estado de Guatemala, ciudadano Mariano Rivera Paz, para andar 27 leguas de mal camino, con el único fin de expresar al malvado el sentimiento que le causara ver derramar la sangre preciosa del caudillo adorado de los pueblos. Sangre que con estas mismas palabras, tuvo el descaro de reclamar al Gobierno del Estado de El Salvador, llevando adelante, para paliar el crimen cometido por Carrera, la infame trama que éste urdiera para ocultarlo.

La muerte del Diputado Cayetano Cerda, que lo obligara Carrera a cenar en su mesa en señal de amistad, y la mandara asesinar en seguida por el mismo centinela que lo guardaba.

La muerte que dio con su propia lanza a un elector de Cuajiniquilapa, que se negó a prestarle su voto.

El asesinato de todos los heridos del 19 de marzo en la plaza de Guatemala, ocupada a la bayoneta, evacuada después, rompiendo la línea enemiga, por falta de municiones y por no haber encontrado los auxilios que ofrecieron los liberales. Asesinato tanto más criminal, cuanto que se habían tratado con las debidas consideraciones al oficial

Montúfar ^[5] y 35 soldados que se tomaron prisioneros en la acción, y respetado al padre Obispo y Canónigos que se encontraron en la catedral, confundidos con los soldados enemigos que se batieron con los nuestros dentro del mismo edificio.

La muerte que dio a cuarenta de los más distinguidos ciudadanos de Quetzaltenango, en cuyo número se cuentan las autoridades municipales, después de haber rescatado a muchos de ellos la vida, esposas y hermanas con grandes sumas de dinero que Carrera recibió, son los menores delitos que ha cometido este malvado.

A este monstruo estaba reservada la invención diabólica de acompañar con su propia guitarra los movimientos del Señor Lavangnini, a quien obligaba a danzar, y los últimos ayes de las cuarenta víctimas que asesinó el 2 de abril en la misma plaza de Quetzaltenango, para acostumar así los oídos del pueblo y prepararlo a nuevas matanzas.

A este monstruo estaba reservado el acto de mayor inmortalidad y perfidia, que ejecutó en la propia ciudad de Quetzaltenango. Habiendo prevenido al pueblo que se presentase en la plaza a una hora señalada, bajo la pena de muerte, cuando se encontraba ya reunido, mandó saquear a su tropa toda la ciudad que contiene 25,000 habitantes.

A este monstruo estaba, también, reservado enterrar a los vivos, como lo ejecutó con un vecino respetable del pueblo de Salamá, porque le faltaban mil pesos en que había valorado su vida. A pesar de que su familia le presentó alhajas en doble valor, lo introdujo, sin embargo, en la sepultura que le había obligado a cavar, y lo cubrió de tierra hasta la garganta, dándole después grandes golpes en la cabeza, que le produjeron la muerte, lo abandonó a su inocente familia, que su desolación derramaba lágrimas sobre el cadáver, cargando en seguida el bandido con el vil precio de su infame asesinato

Pero ¿cuál es el delito que no ha podido perpetrar ese malvado? Existe uno ¡quien lo creyera!, que sólo estaba reservado a vosotros: *¡dar a Carrera, en precio de tanto crimen, el poder absoluto que hoy ejerce en el Estado de Guatemala por vuestros votos!!!*

Que nuestros conciudadanos que han presenciado todos estos hechos, desde las prisiones de Belén en 1812, hasta las matanzas de Carrera en la ciudad de Quetzaltenango, en 1840, juzguen y decidan ahora si tenéis algún título para llamaros centroamericanos, y cuáles son los nuestros. Y si, como esperamos, la justicia decide en nuestro favor: si los pueblos patriotas de que se componen los Estados de Nicaragua, Honduras, El Salvador, Los Altos y parte de de Guatemala, han descubierto vuestras pérdidas miras, preparaos, no sólo a abandonar la República, sino a andar errantes, como los hijos de Judea, tras la patria de los tiranos, que buscaréis en vano. Si, en vano, porque la libertad que habéis combatido tantas veces derramando la sangre de sus mejores defensores, ha recobrado el imperio del orbe, que por un don del cielo ejercía en los primeros tiempos. Los pueblos de ambos mundos profesaban ya su culto; los Gobiernos del nuevo son obra suya, y los del antiguo caen y se precipitan a su voz para no reaparecer más sobre la tierra.

David, 16 de julio de 1841

Notas

[1] En convenio que celebró últimamente Carrera con el Encargado del Gobierno del Estado de El Salvador se consignó un artículo expatriando a todos los que habían salido de la República, el que aparece firmado por Carrera sin saber leer ni escribir. Nota del General Francisco Morazán.

[2] El General Arce que mandaba a los salvadoreños los abandonó, por enfermo en los momentos que Filisola iba a atacar la plaza, su salud le permitió huir hasta la República de los Estados Unidos. Nota del General Francisco Morazán.

[3] El General Arce quería entregar a Filisola la plaza de El Salvador, bajo la condición de continuar en el mando como Gobernador de la Provincia. El pueblo, excitado por los ciudadanos Juan Manuel Rodríguez, por el General Espinoza y Coronel Cerda, se opuso y fueron expatriados por Arce los dos últimos. Nota del Gral. Francisco Morazán

[4] Lobos, cura de Santa Rosa, y Aqueche, de Mataquescuintla. Nota del Gral. Morazán.

[5] Manuel Montufar, sobrino del autor de las Memorias de Jalapa. Nota del Doctor Montúfar.